

»libertad. Él convence las inteligencias, persuade los ánimos, electriza los pueblos, manda como quiere, arranca, no aplausos, transportes de verdadero delirio, subyuga el Parlamento, y en medio de entusiasmo promovido por las arengas, háceles creer á los diputados que toman por sí mismo las resoluciones cuando él se las dicta.» Brissot fué al gobierno por ella; pero también al cadalso. La gran mujer suspendió al Rey, determinó en sentido republicano la revolución, disolvió la guardia real y dió muchas armas al pueblo, dictó los decretos desterrando los frailes refractarios á la revolución y componiendo cerca de París un atrincherado campo para los milites de la libertad, por los cuales cayeron del trono los Reyes; ¡pero cuántos dolores y cuántos desengaños! «Sublimes ilusiones, decía con su habitual elocuencia en cierto período de su vida, sacrificios generosos, esperanza, patria, felicidad, adiós! En los primeros latidos de mi corazón, lloraba yo, sin tener doce años entonces, no haber nacido espartana ó latina; y he creído ver en la revolución francesa la inesperada é increíble aplicación de aquellos principios con que yo alimentaba mi espíritu; decíame á mí que la libertad manaba de dos fuentes, de las buenas costumbres que hacen las buenas leyes y de las sabias luces que nos confunden á unos con otros por el mutuo conocimiento de nuestros respectivos derechos; y así que nunca más las humillaciones de nuestra humanidad envilecida me amargaría la boca, feliz cada cual de nosotros con la justicia para todos. ¡Brillantes quimeras, ilusiones que me habéis halagado mil veces..., la espantosa corrupción de esta ciudad, París os ha extinguido en mi alma!» Le pasa lo mismo á la Rolland francesa que le pasó á la Porcia romana tras su triunfo: un desengaño. Veamos un momento el espectáculo de la revolución que suscitó la estoica Porcia en Roma y el espectáculo de la revolución que suscitó Madama Rolland en Francia, para ver cómo en todos los tiempos y en todos los lugares queda un fondo común: el humano espíritu. Volvamos los ojos á los desengaños de la estoica Porcia en Roma y veremos cuánto se parecían á los desengaños de Madama Rolland en París.

No hay cosa que necesite ser tan resueltamente querida y tan apoyada en todos como aquello que todos han menester, la libertad. Y Roma no la quería. Así ¡qué desengaño para los republicanos heroicos al volver por el camino que César siguiera trasladándose desde su palacio al Senado encontrarse con que nadie oía ni secundaba el grito de libertad! Aquel pueblo, deshabitado ya de sus derechos, no sabía lo que significaba la República. El envilecimiento propio de la servidumbre llegó á todas partes y lo vició todo. Aquel César, tan aclamado y bendecido, no tuvo en la grande Asamblea romana, que lo había divinizado, sino dos senadores, bastante fuertes de ánimo y de conciencia para correr en su auxilio. Los que no fueron asesinos y conjurados huyéronse de prisa y de golpe, aturdidos por si había necesidad imprescindible de algún esfuerzo y de algún pensamiento en sus paralíticas necesidades y en sus oscuras conciencias. Marco Antonio mismo, el gran general de César, echó á correr á su casa, y en el desván se disfrazó de siervo para esca-

par á la República y á la libertad. Pero así como no tuvo defensores el tirano, tampoco los tuvieron sus enemigos. Al clamor que les apellidaba libres respondieron los ciudadanos con la más brutal indiferencia. Después de haber atravesado y recorrido todas aquellas calles consagradas por tan sacrosantos recuerdos políticos; después de haber evocado la sombra de las curias, donde resplandecía la majestad de Roma; el nombre de los comicios en que su antigua soberanía ejercieran los pueblos; la tribuna de los Rostros, exaltada por la más alta elocuencia; el foro sembrado de ideas; ningún ciudadano alcanzaba la transcendencia de semejante retórica, y aquellos hombres, que levantaban sus togas como pudieran esclavos recién manumitidos sus cadenas, que blandían al aire sus puñales, á cuyo filo acababa de morir la tiranía, semejaban actores artificiosos representando en lengua exótica una extravagante y original tragedia que ningún espectador comprendía. Y conforme iban llegando á los sitios más consagrados por los viejos recuerdos litúrgicos de la república y de la libertad, iba trocándose la indiferencia pública de horror helado en abierta hostilidad. A la vista de semejante afecto popular, subiéronse por las laderas del Capitolio so pretexto de presentarse delante de Júpiter en homenaje; mas realmente, para huirse de la plebe y en aquel seguro refuriarse. Mientras tanto los escasos devotos capaces de guardar algún culto á la desgracia en aquel pueblo corrompido, cogieron el cadáver de César y lo echaron en la litera, que á la puerta del Senado se hallaba todavía, conduciéndolo á su palacio. Mal colocado y peor conducido, al andar de los conductores movíanse los brazos, los pies, la cabeza, con esos movimientos siniestros del cadáver falto de su natural motor, la vida y el empuje de su cerebro. A mayor abundamiento, así que lo depositaron en el vestíbulo de su palacio, salió Calpurnia llorosa, desgredada y fuera de sí, dando gritos inspirados por su natural dolor. Y aquel pueblo, que no se había engreído con el renacimiento de su libertad, se irritó á la muerte de su amo.

Grandísimo el desencanto de los conspiradores. Mayor aún el sufrido por la pobre Porcia. Yo me la figuro ahora mismo presa de bien rápidas, pero bien contradictorias emociones. Tras aquellas ansias durante las horas cercanas á la perpetración del atentado ¡ah! debió experimentar integro regocijo al notificarle sus emisarios el fin real de César y el triunfo aparente de Bruto. Aquellas terribles congojas trocáronse á una en profunda satisfacción. Fuera de sí debió comunicar la infeliz nueva con la suegra Servilia, perpleja entre los recuerdos de su amante y la victoria de su hijo. En la natural neurosis producida por los afectos intensísimos que aquel día sugiriera en pecho de mujer como el pecho de Porcia, sus nervios debilitados remontáronse á intensidades infinitas y le dieron febril actividad. A mediados de Marzo un jardín romano rebrota y reverdece, y se repuebla de nidos de golondrinas, de mariposas. La eterna noche, caída sobre aquel tirano, resplandecía como permanente luz divina en el ánimo y en el pensamiento de la estoica. Faltaríale tiempo á la cuitada para correr hacia su tocador y engalanarse á fin de concertar las fiestas domés-

ticas de los libertadores triunfantes con las fiestas públicas del pueblo libertado. Vería su esposo aclamado con la estrella del ideal en la frente y la daga de republicano austero en el puño. Vería un templo tan alto y tan majestuoso para su padre Catón, padre también de todos los libres, como el tiempo es padre de todos los dioses y de todos los hombres. Vería el pueblo yendo allí á proclamarla por verdadera musa de su libertad. Vería el mundo entero, las ciudades griegas sobre todo, levantando aras á los nuevos Harmodios de los pueblos libres, á los genios de la tribuna y de la república. Ella estaba en lo justo y en lo cierto, dado su carácter y su ministerio de mujer, imaginando que todos los romanos veneraban á Catón como lo veneraba su hija, y que todos los romanos comprendían el acto de Bruto como lo comprendía su esposa. Deber impuesto á su marido por dos herencias, la herencia del gran republicano que había proscrito á los Reyes y la herencia del gran republicano que había opuesto á los Césares el suicidio, no podía dejar de cumplirse con fatal rigor. Mas ¡ay! todo esto era ya una religión de familia, un ideal que se desvanecía, un sentimiento que se acababa, un fuego del cual podía llamarse Porcia la Vestal; pero no estaba, como Porcia, Roma. La mujer pudo engañarse, y por tal modo perdona su error la Historia, que veinte siglos no se han todavía cansado ciertamente de loarla y encarecerla. Pero su marido no tenía razón igual para equivocarse, no. Él había vivido en medio de Roma, puesto su sede altísima de gobernador en las dos Galias, ejercido el dificultoso cargo de juez en el Foro, y conociendo las costumbres y las ideas debía saber que todo allí estaba por la dictadura y contra la República. Se fué la idea con el inspirado César y vino la fuerza con el brutal Antonio; se fué un pensamiento, una filosofía, un genio, y vino un general, un pretoriano, una bestia. El instinto de los hombres, que se acercan mucho á la inferior animalidad, y que se apartan de los ideales, resulta infalible casi, como el instinto de las fieras, el cual con dificultad suele marrar cuando se trata de su conservación ó de su reproducción. Al saber Antonio la indiferencia del pueblo respecto de sus libertadores, quitóse con presteza el disfraz que se había puesto para huir, y corrió á casa de Calpurnia, la viuda de César, en requerimiento del cadáver que pensaba poner como pedestal de su propia grandeza. Calpurnia le dió el testamento de su marido y los tesoros allegados en sus arcas y los documentos reunidos en su secretaría. Poseedor de éstos, con los documentos interpretados á derechas ó á torcidas, auténticos ó falsos, creyóse Antonio un César, é imaginó el despotismo de la barbarie; con aquéllos, con los tesoros, creyóse Antonio un Creso é inauguró el reinado de la corrupción. Terrible desengaño haber huído de César para encontrarse con Antonio! Y al encontrarse con aquel feroz y cruel soldado, borracho siempre, incapaz de todo pensamiento bueno y de todo acto moral, aún tuvieron que adularle y requerirle de amistad para ver si les salvaba. Y él, como ciertas alimañas, feroz y astuto, se dejaba querer y devolvía taimadísimos halagos á los requerimientos patricios y senatoriales, hasta indagar bien sus fuerzas y saber á ciencia cierta

quién se quedaba con Roma. El despotismo iba descendiendo hasta convertirse por completo en monarquía militar. Imaginaos el desengaño de Porcia en aquella misma noche, verdaderamente lúgubre, aguardando la victoria de Catón, cuyos manes iban á satisfacerse con el restablecimiento de los antiguos númenes republicanos; la victoria de Bruto, cuyas virtudes iban á emplearse todas en el gobierno de Roma, y encontrarse con la victoria del capitán vicioso y ebrio que se llamó Antonio.

Bruto y Casio no tuvieron más remedio que huir de Roma. El día consagrado á los funerales de César debieron perecer. El pueblo, viendo desvanecerse, consumido por las llamas, el inmortal dictador, cogió los tizones de la pira, y hubiera indudablemente abrasado las casas de los asesinos, á no impedírsele bien meditados precauciones. El desengaño de Porcia no puede, no, encarecerse cual su intensidad lo pide y necesita. Egeria de la república resucitada, se había desplomado en el destierro. ¡Cuán tristes los días del desengaño y cuán largas las noches de insomnio, al desengaño consiguientes! Pero como lo último á perderse aquí en la vida es la esperanza, aún los conjurados aguardaban del tiempo lo que no habían podido conseguir del entusiasmo. Creían al pueblo, que siempre se mueve por súbitos impulsos, fácil de mover por profundas reflexiones. Antonio no carecía de astucia, como hemos dicho, y temiendo competencias de la familia del dictador, sobre todo del sobrino Octavio, entretenía las esperanzas de los republicanos y entregaba los gobiernos de Oriente á Bruto y Casio. Pero la situación de ambos resultaba extremadamente crítica. No podían ir á los gobiernos de cada cual sin dejar los cargos tenidos en Roma, y no podían dejar los cargos tenidos en Roma sin á Roma presentarse. Bruto, sobre todo, pretor urbano, estaba por las leyes fuera del deber al estar fuera de Roma. Sus licencias no podían extenderse allende diez días. ¿Y cómo volver en requerimiento de favores, y gracias, y sueldos? Los veteranos de César henchían las calles de Roma, y en su horror á los asesinos, de seguro los matan. Entre las cartas de Cicerón hay dos por todo extremo interesantes, dirigidas á Tito Pomponio Atico, en el mes de Mayo subsiguiente al nefasto mes en que Bruto y Casio mataran á César. La pintura de aquella sociedad está fresquísima todavía. Tales colores dados á la Historia en lo más oculto del hogar duran y perduran ciertamente. El orador, aunque no participó de la conjura, quiso ver á los conjurados. Los medios puestos por ellos en práctica, como el puñal esgrimido, como la sangre derramada, no estaban, no, en su conciencia y en sus inclinaciones. Pero de su partido y de su causa era, pues, un orador, como él, no podía consentir sin protesta que la tiranía derribara la tribuna de los Rostros y extinguiera el viejo ideal romano. Estaban los libertadores en Anzio. Bruto se holgó mucho al verle. Toda su familia rodeaba en este momento al tiranicida, empeñándose á porfía en aquietar su ánimo y abrir algún vado á sus esperanzas. Allí la vieja Servilia, la madre de Bruto, no consolada todavía del fin de César, á quien debiera tan ricas y cuantiosas ofrendas tras el triunfo de Far-

salía. Junto á la madre cesarista la estoica y republicana mujer, la inflexible Porcia esperando todavía la resurrección de Roma. Con Porcia, su cuñada Tertula, hermana de Bruto y mujer de Casio. El hogar parecía una curia; los interlocutores una grande Asamblea. Como los pájaros cantan cuando oyen cantar, las gentes aquellas hablaban por lo mismo que departían con el primer orador de Roma y el segundo de la Historia, con Marco Tulio, Cicerón. La palabra proscripta se había refugiado en el hogar. La elocuencia doméstica, tristemente aquejada de incomprensible y vicioso énfasis, comenzaba entonces. El grande hombre, cuya voluntad no estuvo jamás al nivel de su inteligencia, cayó en la falta increíble de hablar un día entre cuatro paredes, en la sala de aquel mismo dictador que derribara la tribuna de los Rostros. Si no estoy equivocado, la oración por Deyotaro se dijo en las alcobas de César. La elocuencia romana recibió en el cenit esta sombra de triste decaimiento. Cicerón hablaría mejor teniendo por auditorio á Bruto y Casio que no á César y Antonio. Sin embargo, mucho se dijo también de cosas particulares y domésticas. Quejóse Tertula de haber malparido un hermoso niño á causa de los sustos. Favonio, un republicano que no quiso ayudar á los conjurados en su proyecto y en su triunfo, los acorría y auxiliaba en sus angustias y adversidades. Acababan de nombrarlos proveedores de trigo á la ciudad, con poder para ello sobre ciertos distritos ribereños del Mediterráneo. Estos cargos, tan por extremo inferiores á las categorías que gozaban y á sus antiguos puestos, parecíanles una especie de insulto. Casio perdía la cabeza y juraba por sus dioses domésticos, por sus padres muertos, por todo cuanto puede comprometer á un romano de su temple, no tomar como un beneficio lo que había sido un agravio. Los ojos, al decir tales cosas con exaltación y rabia, salían de las órbitas. A Cicerón todo se le volvía darles consejos de prudencia, persuadirles á la conformidad con sus cargos, preguntarles dónde iban y qué hacían si tomaban de tal suerte una irremediable derrota. Casio se ponía furioso, vomitando amarguísimas cóleras, diciendo incoherentes frases, hasta jurar que no tardaría en irse á una provincia llena de pompeyanos fieles, rompiendo en abierta rebelión implacable contra el usurpador Antonio. Y Cicerón continuaba preguntándoles qué harían de Bruto, al cual no le estaba permitido ni quedarse allí en los alrededores de Roma eternamente, ni mucho menos partirse para la ciudad y para el hogar, donde le aguardaba la muerte. Bruto no quería creer en tal extremidad. Parecía imposible que los romanos le guardaran á él una ingratitud idéntica con la guardada por él á César. Cicerón trazaba con vivos colores las costumbres ya serviles de una Roma resignada en largos lustros á la tiranía, y la disconformidad irreconciliable del pueblo y del ejército con los tiranidas. Conforme iba él diciendo tales cosas, los oyentes gritaban y gemían como si los golpeasen é hiriesen. Aquí se oía el sollozo de una mujer desesperada é inerme; allí el resuello de un soldado resuelto á morir ó matar. Como acontece, por ley natural, entre todos los vencidos y todos los desesperados del mundo siempre, ninguno creía la rota debida, ni

al propio criterio, ni á la propia resolución; todos mutuamente se imputaban la falta unos á otros. Casio reconvenía con acervidad á su hermano Bruto por haberle disuadido con discursos y con actos á matar al pretoriano Marco Antonio; y no caía en que tras Antonio se dibujaba el dictador Octavio, cual Antonio surgiera tras el dictador César, pues si la tiranía se hallaba sembrada en el suelo y esparcida en el aire, y no hay medio de conjurarla, siendo como es una especie de universal epidemia que á todo el mundo contagia. Cicerón se retraía de pintar lo sucedido en Roma tras el atestado por no herir una susceptibilidad tan vidriosa como la susceptibilidad natural de los vencidos. Pero, insistiendo mucho éstos, Porcia y Servilia sobre todos, Cicerón les dijo cuanto pensaba en elocuentísimo discurso.

Su palabra trató de probarles cómo siguieran al mismo á quien mataran en sus procedimientos y pensamientos, fiando más de sí que de su idea y de su fe. Debieron los vencedores congregarse el Senado, reconstruir la tribuna, enardecer el pueblo, tomar en mano la fuerza del gobierno y convertirla en fuerza de su idea, subir al Estado y sentarse sobre sus cumbres, evocando la muerta y enterrada república por medios tan activos y complejos cual aquellos que sirvieran á su muerte y á su entierro. Servilia le opuso numerosas objeciones, inspiradas en el partido á que perteneciera siempre, partido bien opuesto al de su muerto hermano Catón, al de su agonizante hijo Marco Bruto. Porcia quizá pensó que si el gran Cicerón, como lo hablara lo hiciera, estuviesen todavía en Roma: pero la discreción, propia de su elevado carácter y el silencio propio de su elevada filosofía, le retrajeron de dar opinión y acallaron sus ideas al momento de brotar en sus labios. Bruto y Casio, vencidos, no tanto por la persuasión que prestaba toda frase del orador, cuanto por la verdad intrínseca de sus observaciones, convinieron á una en aceptar las dos provincias resignados, mas con la reserva de no aceptar aquel destino de frumentadores, muy por bajo de sus respectivas dignidades. Intervino Servilia en este período crítico del diálogo, muy ufana con su influencia sobre los cesaristas supervivientes á la muerte de César; y prometió interceder con Antonio á fin de alcanzar la remisión del cargo tan insoportable á las dos empujadas alturas de su deudo y de su hijo. Porcia debió mirar desde las alturas de sus ideas estoicas tan implacables al sensualismo práctico de su epicúrea suegra con verdadero asco. No les quedaba, no, á los republicanos otra salida que la retirada. Con mucha fe viva en el ideal abstracto, pero sin medios prácticos, no ya de cumplirlo, de defenderlo, quizá á la impasibilidad completa de la empresa, le ha llamado una historia demasiado severa imprevisión, inteligencia, torpeza de los que la idearon. ¡Ah! No conozco nada más natural, pero tan poco más estéril, que las recriminaciones contra unos vencidos, quienes acaso no cayeron en otra falta más que en la grave, gravísima de intentar una victoria imposible. El que trata de conseguir un privilegio para sí, obtenido, le basta querer conservarlo para conseguir su conservación muchas veces: pero el que